

## JUEGOS EN LA SIESTA

Recorríamos como lagartijas casi todas las siestas por los montes correntinos, Isabel, Juan, Mario, China y Yo con la gomera como collar al cuello, la cañita débil al hombro para pescar mojarritas que se acercaban a la costa, cerca de las seis, cuando asomaba el atardecer. Canillas flacas, pies descalzos pisando la tierra ardiente del verano, masticando chicles (cuando tío José se arrimaba al pueblo cada tanto y nos traía dulces de toda clase), una triste jaulita colgando de las manos de China para las torcazas que cazábamos y vendíamos algunas veces, si no las comíamos asada. Mario el más serio de todos tenía una cajita de plástico gris donde juntaba lombrices que rebuscaba entre las plantas de achira y los desperdicios que tiraban para el chanco (\*) que mamá engordaba para la Navidad, traía cuando podía una tira de charque (1), que entre todos masticábamos mientras esperábamos el pique sentados en la ribera sobre algunas piedras musgosas. Así como un torbellino despreocupado, retozaba nuestra presencia en el silencio siestero de mi pueblo.

Un día melancólico de viento Norte, en el camino, sobre el brazo seco de un lapacho, encontramos un nido de avispas chorreando miel como agua fresca y entre todos lo bajamos con palos hasta el suelo; nuestros ojos resplandecían por el hallazgo de ese tesoro, mientras Cochi mi perro, le daba lengüetazos a escondidas, creyendo que nadie lo veía. Estábamos felices ya que teníamos hasta la noche para pescar y papá vendría a buscarnos en cuanto saliera la luna, que ese día estaría llena. Mi madre como siempre en letanía diaria, dijo antes de salir: “m’ijo no dentre nel monte a la siesta, no moleste los pájaros, chaque (2) el señor de la siesta... no que se le ocurra m’ijo...”

Pero nuestra mente de infancia, ese día quiso tener otras experiencias y entramos en la espesura de misterio, como a cincuenta metros o más de la costa, apestada de mosquitos y entre algunas palmeras-cocos, el lorerío parecían las plañideras de los difuntos, chillaban y chillaban por los aires. Isabel quería un lorito para su abuela y juntamos unas tacuaras que las atamos una sobre otras y con ella, medio enclenque, comenzamos a empujar el nido hasta echarlo por tierra, volaron loros rabiosos por todos lados, quedó despatarrado el nido frente a nuestros pies y cinco loritos, feúchos y medio pelados todavía que piaban temblorosos. Los metimos en la jaulita y los alimentamos con naranjas y lombrices que tenía Juan para la pesca ¡Qué linda cacería! Ese día sí que tuvimos ganancias, salvo por el silbido frío y penetrante

que escuchamos entre el palmeral de loros (y que a mí, me dejó pálido provocando las risas y burlas de todos) pero aun así, la aventura fue maravillosa.

Decidimos hacer una cueva en una enramada de tala con el machete que Mario trajo a escondidas de sus padres, y entre cortar y limpiar, quedó tan bueno nuestro lugar. Nos metimos de lleno todos adentro, Juan encendió fuego con ramitas oscuras y en una lata de sardinas calentamos aceite mientras China amasaba entre sus manos, tortitas de harina y agua. Isabel y Mario, los mayores, fumaban con palitos huecos de enredaderas y se hacían los importantes como si fueran nuestros papás.

Qué hermosas siestas fueron las de nuestra infancia, de no ser por el recuerdo del entrevero que se armó después cuando el viento Norte comenzó a enfurecerse y nos tiraba tierra picante por todos lados, el techo de tala se acható de pronto sobre nuestros cuerpos, arañándonos todo y se levantó de golpe nuevamente; como pudimos saltamos para donde fuese con los ojos desorbitados, la piel erizada y el griterío igual que los loros. No sé lo que fue eso, pero el silbido hirió nuestros oídos nuevamente hasta dejarnos mareados. Cada uno disparó para donde pudo y yo me enredé en algún yuyal y sentí filoso sobre mis canillas, hasta el caracú, el latigazo caliente que me tumbó. Quedé tieso con la nariz respirando tierra, ardiente la garganta y lloré como una niña, de terror, cuando encima sentí mi orina mojándome todo.

Me dejaron solo ñamembuú y piá piá los loritos quedaron solos en la jaula tumbada por el susto; me quedé como muerto en el silencio azul del miedo, hasta que más tarde llegó papá y me alzó del cuello de la camisa, muy enojado, con el rebenque enganchado en la cintura.

“Para qué ta vení a molestá pájaros en la siesta m’ijo... ya te dijo jué tu madre, que no moleste al señor del monte, que’l Pombero e’ dueño de la siesta y de los pájaros m’ijo... tá bien chamigo ¡Ahora sí co van aprender ñamembuú! “ Y se fue costeano el monte delante de mí.

Vocabulario:

(\*)Chancho: cerdo que pesa más de cincuenta kilogramos.

(1) Charque: tira de carne cruda que se sala y se deja secar para usar en comidas.

(“) Chaque: en Corrientes, se usa el término para decir ¡Cuidado!